

## Eguiara y la cultura mexicana

Roberto HEREDIA CORREA

Cuando se lee o se escucha el nombre de Juan José de Eguiara y Eguren, se piensa de inmediato en la *Bibliotheca Mexicana* y en la ingente tarea que significa la elaboración de tamaño diccionario biobibliográfico, a partir prácticamente de cero. Hay que añadir que, además de la magnitud, esta obra tiene otras cualidades y otros valores que por ahora no voy a mencionar; y que el mismo Eguiara es acreedor a nuestra admiración y reconocimiento también por otros trabajos que realizó en el campo académico, en el ámbito eclesiástico y aun en la vida social<sup>1</sup>. En estas líneas quiero referirme sólo a los “Anteloquios” o “Prólogos” que puso al frente del primer volumen de la *Bibliotheca Mexicana*.

Es bien conocido el incidente que dio origen a la primera bibliografía mexicana: sólo mencionaré aquí los datos principales.<sup>2</sup> En 1735 se publicaba en Madrid, por obra de don

---

<sup>1</sup> El trabajo biográfico más completo es el contenido en la introducción de la siguiente obra: Eguiara y Eguren, Juan José de, *Bibliotheca Mexicana*. Prólogo y versión española de Benjamín Fernández Valenzuela. Estudio preliminar, notas, apéndice, índices y coordinación general de Ernesto de la Torre Villar con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1986-. 5 vols. “Estudio preliminar” en vol. I, pp. LI-CCCLVII.

<sup>2</sup> Una exposición amplia del incidente se encuentra en el siguiente trabajo: Heredia Correa, Roberto, *Loa de la Universidad*. El prólogo a las “Selectae dissertationes Mexicanae” de Juan José de Eguiara y Eguren. Estudio introductorio, traducción y notas. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1991. CV + 42 + 42 pp. (Bibliotheca Humanistica Mexicana, 6).

Gregorio Mayáns, el epistolario latino del humanista español Manuel Martí, deán de la catedral de Alicante.<sup>3</sup> En una de las cartas, dirigida a un joven estudiante que pretendía pasar a las Indias, probablemente a alguna parte de la Nueva España, el deán alicantino expresa algunos juicios negativos acerca del ambiente cultural de América, y particularmente de la Nueva España, con el propósito de disuadirlo. Los párrafos más significativos dicen lo siguiente:

Pero vamos a cuentas. ¿A dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad, como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o —para expresarme con mayor claridad— que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar un asno u ordeñar un macho cabrío. ¡Ea, por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Mas por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo...

Por más que el conseguir cuanto he dicho te será hacedero, según es de condición apacible tu ingenio, grandes las prendas que te adornan y singular la benevolencia y afición con que nos tratas, nunca pierdas de vista que no vas allá a pasear sus calles, ni a llevar una vida ociosa ni a perder el tiempo en visiteos y otras ocupaciones propias de pretendientes. Para tales fines ¿qué más da Roma que México?

El conocimiento de esta carta levantó ámpula en el medio intelectual novohispano; hay abundantes testimonios de las respuestas que provocó.<sup>4</sup> Eguiara, uno de sus miembros más

---

<sup>3</sup> Emmanuelis Martini, *Ecclesiae Alonensis Decani Epistolarum libri XII*. Accedit de Animo affectionibus liber. Mantuae Carpentanorum, apud Joannem Stunicam, 1735. 3 vols. Una segunda edición fue publicada con este pie de imprenta: Amstelodami, J. Wetsterium in G. Smith, 1738.

<sup>4</sup> Véase: Heredia Correa, Roberto, *op. cit.*, pp. XVIII-XLV; y Valdés García, Olga, *Julián Gutiérrez Dávila, en defensa de la cultura novohispana*. Tesis que para obtener el título de Licenciado en Letras Clásicas presenta... Méxi-

atentos a las novedades bibliográficas que llegaban de Europa, debió contarse entre los primeros mexicanos que conocieron el epistolario de Martí, sintieron la afrenta y ardieron en el deseo de dar una respuesta satisfactoria. Así explica su reacción y sus propósitos:

Mientras estos pensamientos bullían en nuestra mente y dábamos remate a la carta de Martí, ocurriósenos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una *Bibliotheca Mexicana*, en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina. De sobra se nos alcanzaba que la proyectada *Bibliotheca* era obra de mucho esfuerzo, sobre todo para quienes, como nosotros, nos hallábamos retenidos por las múltiples ocupaciones indicadas...

Mas habiendo comunicado nuestro proyecto con amigos sobresalientes a la par por su inteligencia e ilustración, fue decidido que debíamos lanzarnos a la empresa, consagrarle todos nuestros esfuerzos y, puesta en Dios la confianza, dar cima a la obra meditada y publicarla, con el fin de aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el deán alicantino.<sup>5</sup>

Decidido, pues, a volver por el honor de la patria, Eguiara se echó a cuestras la tarea y trabajó muchos años en esta obra. Para llevar a cabo su propósito solicitó la colaboración de amigos, compañeros, discípulos y hombres doctos de todo el país, así como de Centroamérica, Cuba, Santo Domingo y Venezuela.<sup>6</sup> Y para poder imprimir tamaña obra con dignidad y rapidez, compró una imprenta en Europa, equipada con hermosos tipos latinos, griegos y hebreos, y en sociedad con

---

co, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, pp. XX-XXVIII.

<sup>5</sup> Eguiara y Eguren, Juan José, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*. Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo. México, Fondo de Cultura Económica (1944), 302 pp. "Prólogo I", pp. 57-9.

<sup>6</sup> En el prólogo o anteloquio XX Eguiara explica lo que entiende por México o América. *Cfr.* obra anterior pp. 205-209.

uno de sus hermanos, estableció un taller que se llamó “de la Bibliotheca Mexicana”, del cual salieron numerosos y bellos libros.

El primer volumen de la obra, comprensivo de los autores cuyo nombre comienza con las letras A, B y C, salió de las prensas en 1755; y fue el único que se imprimió. Manuscritos en cuatro volúmenes y arreglados para publicarse, quedaron los materiales correspondientes a las letras D-J. Estos volúmenes, por uno de esos incomprensibles azares de nuestras bibliotecas y archivos, se custodian actualmente en la biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin. Es indudable que el resto de la obra —letras J-Z— quedó reunido en alguna forma; de hecho fue aprovechado por estudiosos posteriores, como Beristáin de Souza; pero, al parecer, desapareció muy pronto.

Al frente del primer volumen Eguiara puso dos textos, escritos también en latín, que, aunque relacionados estrechamente con el propósito y la materia de la *Bibliotheca*, tienen entidad de obras independientes: el “Diálogo de abril”, escrito por el jesuita español Vicente López, en el cual tres personajes, un español, un italiano y un belga, conversan “acerca de la Bibliotheca del Dr... Eguiara y del talento de los mexicanos”; y los “Anteloquios” o “Prólogos”, compuestos por el mismo Eguiara y repartidos en veinte capítulos, que constituyen una refutación sistemática de las imprudentes afirmaciones de Martí y una exposición sintética y razonada de aspectos fundamentales de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos hasta los días mismos del autor. He aquí el contenido de estos “Prólogos”<sup>7</sup>:

Prólogo I: Con objeto de divulgar la causa determinante de este escrito, tráese a colación la Carta 16 del libro 7, incluida por el deán de Alicante don Manuel Martí en el tomo 2 de sus Epístolas.

Prólogo II: Pruébese cuán grande es la ignorancia del deán alicantino en punto a antigüedades mexicanas, y demuéstrase la ilustración de nuestros indios, trayendo a la palestra sus códices y bibliotecas.

---

<sup>7</sup> Tomado del libro que cito en la nota 5.

Prólogo III: ¿Puede llamarse propiamente jeroglífica la escritura de los mexicanos?

Prólogo IV: En el que se ponen de manifiesto algunos insignes monumentos que no sólo ilustran y corroboran cuanto precede, sino que hacen más patente la cultura de los antiguos mexicanos.

Prólogo V: Testimonios de escritos muy autorizados traen a plena luz los colegios y centros de enseñanza de los indios mexicanos.

Prólogo VI: En el que se trata de la afición de los mexicanos por la poesía y la oratoria, se manifiesta su pericia en la medicina y se habla de las leyes que usaban, con otras pruebas de su inteligencia, expuestas brevemente.

Prólogo VII: Que de todo lo anteriormente expuesto se deduce, como lógica consecuencia, que los mexicanos deben ser con razón contados entre los pueblos cultos, y que fue injusto el deán de Alicante al censurarlos en su Epístola y zaherirlos con su pluma.

Prólogo VIII: En que se pone de manifiesto la ignorancia de don Manuel Martí acerca de la cultura mexicana, en el tiempo comprendido desde que América comenzó a ser señoreada por los españoles hasta nuestros días, y se refuta la ligereza con que escribe.

Prólogo IX: En que se demuestra haber escapado al conocimiento de don Manuel Martí numerosos testimonios, sabidísimos así de los doctos como de los ignorantes, acerca de librerías y libros mexicanos.

Prólogo X: En que se manifiestan las bibliotecas mexicanas y se invita al deán alicantino a que venga a ellas; se le recibirá y tratará con la mayor cortesía.

Prólogo XI: Del ingenio de los americanos y de su amor y afición a las letras.

Prólogo XII: En que se examina con cuidado la precocidad de los ingenios americanos y se corrobora la opinión expresada acerca de este asunto por el eruditísimo y muy autorizado crítico fray Benito Feijóo.

Prólogo XIII: En que se prueba ser pura ficción la rapidez con que los americanos decaen del uso de sus facultades, y se relega tal creencia a la región de las fábulas.

Prólogo XIV: En que se enumeran algunos escritores que figurarán en las páginas de la presente obra, que, a pesar de su avanzada edad, sobresalieron por el vigor de su inteligencia.

Prólogo XV: En que se investiga y declara la opinión del P. Pedro Murillo Velarde tocante a la literatura de los americanos.

Prólogo XVI: En que se hace memoria de algunos eruditos mexicanos muy sobresalientes y conocidos, así en los tiempos pasados como en los actuales.

Prólogo XVII: En que se hace hincapié en el mismo asunto y se le da remate.

Prólogo XVIII: En que se trata rápidamente de las materias cultivadas por los mexicanos en sus escritos y se hace de ellas brevísimo índice.

Prólogo XIX: Qué juicio haya de formarse acerca de la cultura de los indios desde que empezaron a ser cultivados por las letras hispanas.

Prólogo XX: En que se da razón del título BIBLIOTECA MEXICANA y se lo defiende de posibles objeciones.

Después de explicar el origen del proyecto en el Anteloquio I, Eguiara dedica los Anteloquios II-VII a exponer algunos rasgos sobresalientes de la cultura de los antiguos mexicanos: monumentos, códices y bibliotecas, colegios, literatura, ciencias, leyes, artes. Los exalta con el testimonio de los primeros cronistas y el apoyo de estudiosos posteriores, cuyo peso e imparcialidad se cuida de referir.

Cabe preguntarse por qué nuestro criollo inicia su defensa de la cultura mexicana con esta larga apología de la cultura de los antiguos indígenas. Él sabe muy bien que Martí, al escribir su carta, pensó en los mexicanos de su tiempo —por nacimiento o por larga residencia—, y lo expresa claramente en el Anteloquio VIII:

Como quiera que éste [Martí] no pensó al escribirlas en los antiguos indios, sino en los nuevos indígenas, y entre éstos, en

los españoles nacidos en América y en los que, oriundos de otras partes, se han venido a vivir a ella, considerándolos en conjunto como muy extraños a la mansión y al recinto de Minerva, tócanos ahora descubrir y refutar su ignorancia en este asunto y la temeridad de sus afirmaciones.<sup>8</sup>

Martí menciona a los indios, pero de ningún modo se refiere a los antiguos indígenas, ni hace apreciación alguna de su cultura.

En la parte del Anteloquio I que hemos citado arriba, al exponer el propósito más importante de su empresa, Eguiara dice: "...vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo (... *una patriam gentemque nostram ab immani atrocique injuria vindicaremus*). La patria es México, el antiguo y el actual; y el pueblo mexicano comprende a indios y criollos. Muy comúnmente, cuando menciona a los antiguos indígenas, se refiere a ellos como "antiguos mexicanos" o "primitivos mexicanos"; o, simplemente, cuando el contexto se lo permite, como "mexicanos"; menos frecuentemente los llama "indios mexicanos". Sus monumentos, pinturas y códices son "antigüedades mexicanas" (*Mexicanarum antiquitatum*. Ant. II); y también sus historias, cantares y discursos (*Mexicanensium priscas res*. Ant. II). Llama a su literatura "literatura de los mexicanos" (*litteratura Mexicanensium*. Ant. III); a sus pinturas, "Figuras de los mexicanos" (*Mexicanensium symbola*. Ant. III); a sus libros, "libros de los mexicanos" (*libris Mexicanensium*. Ant. III). Varias veces se refiere de manera general a su cultura; ya la llama "cultura de los antiguos o primitivos mexicanos" (*antiquorum eruditionis Mexicanensium*. Ant. III; *priscorum eruditio Mexicanensium*. Ant. IV) ya, con término más efectivo y al mismo tiempo más polisémico, "la cultura de nuestros primitivos indios o de los primitivos indios de nuestra tierra" (*Priscorum eruditio Indorum nostratum*. Ant. II).

---

<sup>8</sup> Todas las citas de los Prólogos están tomadas del libro mencionado en la nota 5, a excepción de este texto que ha sido traducido directamente por el autor.

En el Anteloquio XX Eguiara siente necesidad de aclarar el sentido del término “mexicano”, y hace la explicación siguiente:

Entiéndase que los que llamamos de nación mexicanos [*Mexicanos natione*], son los españoles nacidos en América, a menos que expresamente digamos haber sido hijos de padres indios, por lo que el lector no deberá extrañarse de ver calificados de mexicanos en nuestra obra a algunos escritores que otras bibliotecas registran como hispanos. Ambos criterios son igualmente exactos: son españoles, en efecto, si se atiende a su raza y sangre [*si genus spectes et sanguinem*], pues lo fueron sus padres, y mexicanos, por haber nacido en suelo de México o de la América Mexicana.

Esta aclaración no se refiere al uso que ha hecho de este término en los “Prólogos”, sino a la indicación que pondrá acerca del origen de los autores en cada una de las entradas del catálogo, y obedece al propósito de distinguir entre criollos y peninsulares, no al de establecer diferencia entre indios y criollos. Ya antes, en el Anteloquio II, había marcado la distinción entre criollos e indios; ese señalamiento parece ahí oportuno y necesario, y carece, por parte de Eguiara, de toda intención de alejarse de éstos con menosprecio. Dice así el párrafo:

Consagrado por entero don Manuel Martí a la exhumación de los vetustos monumentos del Viejo Mundo y de las antigüedades e inscripciones romanas, parece haber mirado con desdén las del Nuevo Orbe, e ignorado en absoluto las antigüedades que por acá existen, muy dignas de ser conocidas. Si de ellas hubiese tenido alguna vez noticia, habría escrito con pluma y tinta más templadas, no ya acerca de los españoles que en la América mexicana han nacido o viven, sino también de los mismos indios.

El título del Anteloquio VIII deja traslucir el pensamiento de Eguiara acerca de la extensión que confiere a la palabra “mexicano”. Dice así:

Prólogo VIII. En que se pone de manifiesto la ignorancia de don Manuel Martí acerca de la cultura mexicana [*ignorantia de Mexicana eruditione*] desde el tiempo en que América empezó a ser cultivada por los españoles [*ab eo tempore quo excoli ab Hispanis America coepit*] hasta nuestros días [*ad usque aetatem nostram*]...

La cultura mexicana, si bien está dividida claramente en dos periodos, no se reduce a la cultura cristiana y española impuesta por conquistadores, misioneros y colonos; la cultura mexicana es toda una: comprende la que floreció entre los pueblos indígenas antes de la llegada de Hernán Cortés, y la que a partir de la conquista se ha extendido por toda la Nueva España y ha ido incorporando a todos los habitantes. Porque, además, la cultura europea no fue simplemente trasplantada a un terreno desierto y entre pueblos bárbaros, sino injertada en un tronco robusto de larga y rica tradición.

Es indudable que remediar la solución de continuidad que implica la conquista, exige de Eguiara un esfuerzo extraordinario. Lo intenta de dos diferentes maneras: en primer lugar, destaca en el Anteloquio II la labor combinada de algunos misioneros y algunos indios, dirigida a salvar de la destrucción códices, tradiciones y monumentos. En segundo lugar, dedica el Anteloquio XIX a describir y ponderar la cultura de los indios a partir de que “empezaron a ser cultivados por las letras españolas”.

En el Anteloquio II, después de describir la forma de “escritura” y los diversos tipos de “libros” que tenían los antiguos mexicanos, explica:

Innumerables eran los volúmenes de esta clase. El hecho de que en los mismos aparecieran pintados animales, aves, hierbas, flores, hombres y otros muchos objetos, de formas por lo común espantosas y aspecto feroz, entremezclados con círculos muy semejantes a las letras hebreas y otros caracteres exóticos, fue causa de que los varones apostólicos, predicadores de la fe católica y primeros fundadores de la iglesia mexicana, desconociendo el significado de lo que debajo de tales velos se ocultaba, vinieran a considerarlos como frutos de las hechicerías indígenas y trasuntos de sus cultos idolátricos e imágenes

demoniacas, por lo que, buscándolos afanosamente por doquiera, los entregaron al fuego, acarreado lamentable pérdida a la historia y antigüedades mexicanas. Pérdida que hubiera sido irreparable, de no haber existido algunos indios adictos a nuestras creencias y conocedores de sus propios escritos que, conservándolos en secreto, los sacaron a la luz no mucho después, y los explicaron a algunos religiosos...

Gracias a esta conjunción de indios conocedores de su pasado y sus antigüedades y de misioneros interesados en su estudio, y merced a otras circunstancias favorables, continúa Eguiara,

nacieron los doce grandes volúmenes en folio, elaborados por el franciscano fray Bernardino de Sahagún, que constituyen un copiosísimo diccionario mexicano-español..., la *Monarquía Indiana* del P. Torquemada y otros muchos eruditísimos libros de los que habrá de tratarse en los artículos correspondientes de esta *Biblioteca*.

Y más adelante, al referirse a las abundantes librerías que tuvieron los antiguos mexicanos, señala:

Prueba de su existencia son las que habían sobrevivido por largo tiempo después de la conquista de México, salvadas de las llamas por la diligencia de algunos ilustrados señores indios, que juntaron historias y calendarios en sus mansiones de México, Texcoco y Tula. Y se las mostraron y explicaron... a uno de la Compañía de Jesús, que si nuestra suposición no es equivocada, fue el padre Juan de Tovar, persona competéntísima en tales asuntos.

En el primer párrafo del Prólogo XIX expone algunos rasgos del proceso de incorporación de los indios a la religión cristiana y a la cultura europea, y de la inicial combinación que hicieron de éstas con sus propias tradiciones:

Ganados por nuestra religión a raíz de la conquista de México, y no acostumbrados aún a las letras hispanas, usaban diestramente de sus caracteres ancestrales, lo mismo para conservar

la memoria de lo acaecido en tiempos de su gentilidad, que lo concerniente a sus nuevas creencias y al gobierno cristiano.

Transcribe después un fragmento de la famosa carta dirigida por Fray Julián Garcés al papa Paulo III, en la cual el fraile dominico recomienda las virtudes y cualidades de los indios. A este mismo propósito, cita otros testimonios favorables, como los de fray Diego Valadés y el padre José de Acosta; y, a partir de la afirmación de don Juan Diez de Arce, célebre catedrático de Teología y Sagrada Escritura, quien señala que “eran muchos los colegios en los cuales quinientos o seiscientos discípulos se formaban en la religión cristiana en variedad de artes mecánicas y liberales, en la música, en latinidad y ciencias”, se refiere al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, y a la interacción que en él se dio entre ambas culturas:

Entre dichos colegios sobresalió el llamado Imperial de la Santa Cruz, establecido en el barrio mexicano de Santiago Tlatelolco bajo los auspicios del César Carlos V, por obra y diligente cuidado de los padres franciscanos, para instrucción literaria de los indios, que de todas partes afluían a sus cátedras, desempeñadas por los maestros más eximios en ciencia y virtud de la mencionada orden. Y buena prueba de que tales maestros no perdieron tiempo ni esfuerzo en enseñar los rudimentos primeros de las letras, la gramática, la retórica, la dialéctica, la física y otras disciplinas liberales, es la facilidad con que los indios todos las aprendieron, los maravillosos adelantos que en todas hicieron, ofreciéndose a la vez como profesores de sus propios maestros en el aprendizaje de las lenguas mexicanas y actuando como verdaderos Edipos en enseñarles a interpretar las historias escritas en sus antiguos caracteres y los monumentos de sus primitivos hechos.

Reitera que, gracias a esta conjunción de esfuerzos docentes y discentes, compuso fray Bernardino de Sahagún su obra monumental. Y añade que de aquí nacieron también las obras del padre Oroz y de fray Juan Bautista. Y continúa:

Una vez que los naturales aprendieron el español y el latín, usábanlos facilísimamente, a par de su idioma nativo, vertiendo al mexicano, ya del latín, ya del español, algunos libros, como se verá por los pasajes de nuestra *Biblioteca* en que alabamos a dichos indios, famosos por tales traducciones. Ayudaban además a los padres franciscanos, consagrados a idéntica tarea.

Llega finalmente a hablar de los indios de su propio tiempo:

Existen también en la actualidad, y no en escaso número, indígenas de noble nacimiento que, decorados con estudios y grados académicos, poseen los conocimientos necesarios para las tareas parroquiales, que han desempeñado y en la actualidad desempeñan celosamente.

Tampoco faltan los que han profundizado en la teología escolástica, obtenido en ella frutos no despreciables, y defendido públicas conclusiones, con admiración de personas competentes y aplauso de sus profesores.

Hay en estos varios párrafos un laborioso esfuerzo por presentar la colisión de las culturas, la destrucción del mundo indígena y la imposición brutal del poderío español y de la religión cristiana, como un proceso, doloroso sí, pero suave y llevadero, como determinado y llevado a cumplimiento por designio divino. De hecho Eguiara apoya su exposición sólo en argumentos positivos: misioneros, estudiosos de las culturas indígenas, colegios, educadores. Este singular proceso queda patente cuando, en el Anteloquio VI, Eguiara se refiere a los cantos épicos que monarcas, sacerdotes y sabios componían, para guardar memoria de los hechos pasados y transmitirlos a la posteridad. Con estos procedimientos, dice,

conservaron intacta la historia entera de América, de una parte, representándola por medio de pinturas en sus códices, y de otra, celebrándola en sus cánticos, hasta la llegada de los españoles, quienes instruidos por el diario trato con los indios y por la palabra viva de los doctos, acabaron por escribir numerosos libros e historias completísimas a la manera europea.

En algunos momentos él mismo no se muestra seguro de sus afirmaciones; así, por ejemplo, cuando se refiere a la existencia de sacerdotes indígenas que desempeñan tareas parroquiales o que han sobresalido en los estudios teológicos, en vez de citar ejemplos conocidos o de acudir a testimonios cercanos, apoya sus afirmaciones en el dicho del jesuita José Gumilla, provincial de la Nueva Granada, quien señala en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido* (Madrid, 1745) que:

los indios mexicanos sobresalen mucho por su ingenio y aventajan a los demás de la América meridional, que no acostumbran llevar a sus hijos a las academias o universidades para ser instruidos en las ciencias, como es frecuente entre los nuestros.

Podemos no estar de acuerdo con Eguiara en algunas de sus aseveraciones. Pero esto mismo no importa para mi intento, pues el afán de callar o disminuir lo que significó violencia, no hace más que acentuar la idea de Eguiara de considerar la conquista y evangelización como un proceso suave y casi natural. Esto lo lleva, si no a un pronunciamiento explícito, a ciertas expresiones que traslucen su juicio. Los libros, las bibliotecas, los monumentos, las escuelas, tanto prehispánicos como novohispanos, son “nuestras cosas”: echa en cara a Martí su “ignorancia de nuestras cosas” (*ignorantiam de rebus nostris*. Ant. II). Los productos culturales de los antiguos indígenas son “monumentos de nuestra tierra, de nuestros mayores, de nuestro pueblo”; “si alguna vez, dice, [Martí] hubiese examinado atentamente los monumentos de nuestros mayores..., de seguro que no hubiese graduado de ignorantes a los indios mexicanos (*si enim vetera aliquando monumenta nostratum scrutatus esset... ineruditos neitiquam Indos Mexicanos cognominasset*. Ant. II). La historia de México es una; y esta historia y los estudios que de ella tratan se complementan. Eguiara se lamenta de que un hombre tan versado en la interpretación de los jeroglíficos, tan sagaz, como Atanasio Kircher, “erudito hasta el asombro”, no hubiera atinado en la interpretación de las pinturas de los antiguos mexicanos, “desconocedor como era de nuestras historias” (*nostris desti-*

*tutus historiis*. Ant. III). En fin, la capital de los antiguos mexicanos y sus antiguos reyes o emperadores son “nuestra imperial ciudad de México y sus emperadores” (*de Imperiali Urbe nostra Mexico ac ejusdem imperatoribus*. Ant. II).

El cuadro, ciertamente halagüeño, de la cultura de los antiguos mexicanos que delinea Eguiara, está visto con ojos y bajo esquemas occidentales. Es seguramente un buen resumen de lo que en su tiempo se conocía acerca de ella; y en cuanto a los puntos específicos que aquí trata, muestra un buen conocimiento de las fuentes y de los estudiosos más importantes: los códices, las bibliotecas, la “escritura”, los colegios y academias, el cultivo de la literatura en sus diferentes manifestaciones, la medicina, las leyes, las artes mecánicas, y, finalmente, el conocimiento de la naturaleza y la ciencia de lo divino.

La cultura egipcia era en ese tiempo el parámetro de las culturas precristianas, tanto por la enseñanza de la Biblia y el testimonio de los escritores griegos, como por el magisterio de algunos autores del siglo XVII, entre ellos particularmente de Kircher, quienes así proponían a la cultura egipcia. Eguiara toma pie en una frase de los *Hechos de los apóstoles* para establecer, en forma resumida, la relación entre la cultura de los antiguos mexicanos y la sabiduría de los egipcios. Dice, citando al comentarista Cornelio A. Lapede, que la sabiduría de los egipcios era doble: una, manifiesta y al alcance de todos, estaba constituida por la geometría, la aritmética, la astrología y la música; la segunda, que era jeroglífica, enseñaba mediante símbolos los más importantes misterios de la física, la teología y la ciencia del gobierno. Y comenta a continuación:

Nadie que dé crédito a los testimonios autorizadísimos de que nos hemos valido en nuestra argumentación, dudará de que los indios mexicanos descollaron en ese primer aspecto de la sabiduría, ya que tales testimonios hablan no sólo de su conocimiento y pericia en las mencionadas facultades, sino además en la oratoria y la retórica (Ant. VIII).

Y, en relación con el segundo aspecto de la sabiduría egipcia, expresa:

¿Cómo osaremos afirmar que los indios fueron ajenos a las lucubraciones y conocimientos de la física, recordando lo que hemos escrito en el prólogo anterior? Escrútense los monumentos que, escritos en jeroglíficos nos han legado, y se hallarán numerosos volúmenes a los que conviene el calificativo de teológicos, con el mismo derecho que se llama así a los que conservamos referentes a las supersticiones egipcias... Tampoco faltan jeroglíficos mexicanos tocantes al gobierno, pues abundan en sus anales, que arrancando desde los tiempos mismos de la fundación de su imperio y llegando hasta los días de Moctezuma... (Ant. VIII).

De las opiniones que expresa Kircher sobre la religión de los antiguos mexicanos, y de la afinidad que establece entre ambas idolatrías, Eguiara avanza, de acuerdo con las conclusiones de Sigüenza y Góngora, “al que nunca puede mencionarse sin elogio”, “ilustre como pocos”, y la opinión de otros muchos autores, que los “mexicanos traen su origen de los egipcios y recibieron de éstos no sólo la sangre, sino lo demás, y usaron, a manera de letras, de caracteres jeroglíficos”. Pero en otras ocasiones va más allá. Así, por ejemplo, cuando se refiere al arte pictórico de los indios —pintura, escritura, redacción de anales y otros documentos—, no duda en afirmar:

Una circunstancia que acrecía al mérito de estos libros mexicanos, era haber perpetuado, mediante representaciones figuradas, la cronología y exacta sucesión de los siglos de su historia, en lo cual superaron sin duda a los más sabios de los egipcios (Ant. III).

Igualmente, al hablar sobre la segunda clase de sabiduría de los egipcios, concluye:

Ninguna razón hay para considerar a los mexicanos como menos versados que los egipcios en su segunda clase de sabiduría más abstrusa (Ant. VII).

No es la de Eguiara una defensa desapasionada, y esto es precisamente lo que aquí más me interesa. Por lo contrario,

su intención es abiertamente polémica: “Aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el deán alicantino” (Ant. II). Unos cuantos párrafos bastarán para poner a la vista la imagen perfecta de la civilización indígena que Eguiara quiere ofrecer. Después de hablar de los colegios y otros centros de enseñanza que tenían los antiguos mexicanos, apoyado en el testimonio de algunos ilustres sabios europeos, como Justo Lipsio, Juan Enrique Alsted, Gerardo Mercator y Juan Eusebio Nieremberg, añade:

Por Torquemada y Vetancourt sabemos asimismo que, además de las escuelas existentes en la capital del imperio, florecieron entre otras las de Texcoco, sobre todo reinando Nezahualcōyotl, que reconocía la autoridad del emperador mexicano. Era tanta la sabiduría de dicho monarca que por obra suya se formó a manera de Academia y bajo la presidencia de su hijo Xochiquetzolzin, un núcleo de poetas y músicos, que entre los texcocanos son muy numerosos, así como de astrólogos, historiadores y cultivadores de otras artes, para que confiriendo entre sí y discutiendo sus problemas, salieran cada día más prácticos y sabios... Otro rey igualmente insigne entre los texcocanos... fue Nezahualpilli, que consagró sus actividades al estudio de los astros y fue tan apasionado en la astronomía que así que tenía noticia de la existencia en cualquier parte de su reino de alguna persona dotada de conocimientos en dicha ciencia, lo llamaba a su corte para conferir con ella y observar en su compañía durante la noche el cielo y las estrellas, a cuyo fin había hecho contruir una adecuada galería encima de las azoteas de su palacio, que Torquemada alcanzó a ver con sus propios ojos (Ant. V).

Y, cuando se refiere a la afición de los antiguos mexicanos por la poesía y la oratoria, después de describir los cantos épicos en que conservaban los hechos pasados y que transmitían a los niños para que los aprendieran, señala otras formas de literatura que cultivaban:

Componían, además, otras clases de poemas, destinados a celebrar las costumbres y preclaras acciones de sus héroes y muy a propósito para las festividades, juegos, danzas y otros en-

tretenimientos semejantes, que necesitan del ritmo y el metro para su ejecución. Ponían idéntico cuidado en las galas del decir, que sus maestros les hacían familiares mediante continuas prácticas y ejercicios. Valíanse de los preceptos de la retórica para suministrar a los futuros oradores los poderosos recursos de la elocuencia, favorecida por su idioma abundante y elegantísimo. Prueba de esto son los cuidados discursos que hoy leemos en las historias mexicanas debidas a la pluma de los españoles. Ya el padre Acosta se cuidó de advertir, en el lugar que luego citaremos, que tales discursos fueron fruto de los propios indios que los pronunciaron y no invenciones de los cronistas. (Ant. VI).

Finalmente, al tratar de las leyes y la organización política que tuvieron nuestros indígenas, exclama:

¿Qué otra cosa, como no sea cultura e inteligencia, revelan las leyes que para el buen orden de la república fueron promulgadas por los emperadores mexicanos, con consejo de personas sabias y experimentadas? Tan conformes a la razón encontramos las concernientes al gobierno político y doméstico, que de haber ido unidos a las normas de la verdadera religión, nada hubiera faltado para la consecución de una duradera y completa felicidad de imperio tan extenso (Ant. VI).

No es posible pedir mayor claridad en las afirmaciones ni más firme definición acerca de conceptos que sólo el pensamiento ilustrado y las revoluciones de las últimas décadas del siglo XVIII, los complejos fenómenos de las reformas borbónicas, la ocupación de España por Napoleón y finalmente la guerra de independencia de las colonias españolas de América, verán desarrollarse y afinarse. Por otra parte, tampoco es legítimo forzar los textos hasta obligarlos a expresar lo que no dicen. Es verdad que el alcance preciso de vocablos y expresiones requiere de un análisis lingüístico minucioso, que no he pretendido hacer aquí, y que, por lo demás, puede disolverse en juegos de erudición y estadística, si no se asienta en la ponderación cuidadosa del acento puesto en los juicios y de la inclinación dada a las opiniones generales por el autor.

Ya en otro lugar he señalado la insistencia de Eguiara en añadir a sus obras y aun a su nombre mismo el calificativo “mexicano”, alguna vez con énfasis que se antoja ocioso<sup>9</sup>. Ahora me he propuesto destacar, además de este acto de afirmación, el afán por cobijar bajo este mismo término y bajo los de “patria” y “nación” a todos los hombres nacidos y criados en territorio novohispano, hijos de europeos e indígenas, indios anteriores y posteriores a la conquista española. De esta suerte la historia se desarrolla sin solución de continuidad, y las culturas, más que imponerse una sobre las ruinas de la otra, se unieron y fecundaron para producir frutos de innegable valor y novedad.

---

<sup>9</sup> Heredia Correa, Roberto, *op. cit.*, p. XLV-XLVI.